https://doi.org/10.29393/At349-350-150EBLF10150

Laureano Figueroa

El estilo de los bebedores

(CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE SU LEXICO)

. . . y bebe tu vino con alegre corazón.—"Eclesiastés".

E cumple en el lenguaje de los hombres aquella ley de la vida social que impone —exigiendo un permanente esfuerzo— el equilibrio entre lo socialmente dado y lo individualmente pretendido. La sociedad da normas para el arte, el juego, la lucha y las más variadas relaciones humanas. Pero, dentro de esos moldes el individuo, aparentemente sometido, desarrolla su ser y su hacer de una manera propia, original. El control social nos impone reglas hasta para circular y discurrir por calles y caminos. Pero cada uno tiene en cambio, aunque no lo quiera, su propia manera de caminar. Tan es esto así que el pueblo, para ilustrar una extrema derrota dice de un hombre que "ha perdido hasta el modo de andar".

¿No sería una desgracia más grande todavía perder hasta el modo de hablar? Pues cuando nuestra lengua ha alcanzado su mayor grado de unidad, con su consecuente rigidez formal, nos queda a cada uno ese modo inadvertido que tenemos de expresar lo que la lengua nunca expresa: nuestros sentimientos más profundos.

Nos queda nuestro estilo. Esta es la libertad que nos concede el mundo hecho y aceptado del idioma, nuestra posibilidad creadora, nuestra poesía.

También los grupos humanos que se organizan con unidad de pensamiento y de actitud y de intención espiritual logran inevitablemente crear un estilo particular. Sirva como ejemplo de ello el siguiente estudio sin profundidad ni pretensiones del estilo de nuestros bebedores. A tal estilo han llegado ellos con su renuncia (aunque sea momentánea) a la seriedad de la vida; con esa objetividad que los hace salir de su propia envoltura y mirarse como objetos de los leyes del universo y del alcohol; y con esa aspiración a la alegría que resuena hondo y profundo en el hombre como en la Sinfonía de Beethoven. El objeto de ellos es el regocijo y su intención es jocunda e irreverente: así es por lo tanto su estilo, la forma y manera de su idioma.

De sí mismo o de sus semejantes puede decir un borracho, cuando trata de expresar el grado de embriaguez a que se ha llegado después de un número variable de libaciones, que se encuentra: *arreglado, alumbrado, alegrón "no más", aguardientoso, curado* (el rey de los chilenismos según Manuel A. Román), *curanteado, cocido, cufifo, cucarro* (la princesa de las figuras del lenguaje en nuestro idioma), *completo, chispeado* (achispado), *chispo, chamuscado, chuflai, emparafinado, enchufado, encopado, enfermo, hecho, malón, malito, mamado, maltoso, pasado, pique, picucho, picado,* etc.

Y no se miren estos vocablos como la efímera flor de un día o de una estación en la variable moda del hablar. Muchos de ellos han hecho larga vida en el hablar de los chilenos y de entre ellos otros tantos muestran los signos de la longevidad. Algunos han merecido los desvelos de los lingüistas como Lenz y Román. Lenz se ha detenido largamente en el vocablo *chuflai* o *chuflay*, discutiendo su origen indígena o posiblemente inglés, y dando pruebas y razones para señalar que la palabra proviene de una canción cantada

por los marinos de S. M. B. cuando estaban "alegrones": Shoo, fly . . . etc.

No se vea tampoco en estos vocablos una inútil y antojadiza pérdida de responsabilidad en el hablar: cada término refleja uno u otro de los muchos modos que cada individuo tiene de expresar aquello inexpresable que el vino le pone en el alma. Algunos hay, por ejemplo, que a los pocos tragos se encienden de piel y de espíritu y fijan y abren los ojos en trance. De ellos, evocando las iluminaciones de los místicos, deberá decirse que están "alumbrados" y no otra cosa. Aquellos otros talentos originales que dan vida y movimiento a su vino con una movilidad que prescinde del espacio y tornan siempre a su punto de partida deben ser respetuosamente calificados dentro del número de los "cucarros". Naturalmente que aquel que nunca jugó al trompo cuando niño, no entenderá ni sabrá ver, saboreando el saber, el valor de esta figura.

En cuanto al epíteto "pasado", expresa genialmente el estado de empapamiento en que se encuentra el "veo-dos" (nuestra fórmula para "beodo", y mucho más gráfica, por cierto). Nuestros "curados" por su parte, y en aquellos momentos de genio que limitan entre el primero y el séptimo trago, posiblemente, han sabido intuir y aprovechar la fecundidad de la figura: de allí: *andar con la aceituna bien pasada,* lo cual es una manera más elegante de llamarle *escabeche* a estos nuevos navegantes cuyo universo limita por todas partes con la materia líquidamente manifestada. *Andar bien pasado por la cola del pavo* puede ser todo lo jocunda que se diga, pero es una expresión que sufre de una grave ambigüedad por confundírsele con aquello de "ser bien pasado por el agua" del mismo plumífero. En cambio aquella manera de expresar que tienen ciertas almas apasionadas su negativa a abandonar siquiera por unas horas al objeto de todos sus desvelos: No, no me voy na todavía, *todavía no está na bien pasá la sopaipilla* conserva y acrecienta, por variación, toda la fuerza permeable de la metáfora. La aceituna le ha servido también al bebedor para lucir delicadeza y

buena educación: cuando sus riñones apremian, se le oirá preguntar muy finamente: *¿dónde se puede cambiarle el agua a la aceituna,* por favor? No importa que tras largas indicaciones el hombre se desoriente y llegue con sus apuros al lugar menos pensado. De regreso, después de un largo o breve sueño, estará de nuevo imponiendo su refinada espiritualidad: explicará entonces su ausencia diciendo que parece que *se durmió en los laureles* (léese en *Hijo de Ladrón*).

Los marinos, siempre prontos a ver en sus barcos las mismas flaquezas que en los seres humanos, y viceversa, dicen de quien se encuentra bien "pasado" que *está haciendo agua* y que viene *escorado,* en consecuencia. Para ellos, aquello que el poeta dice de "ella": *traía una leve inclinación de nave* es preferible decirlo de sus congéneres; esa gracia inaprehensible con que se mueven los hijos de Baco ilústrase diciendo que *vienen ladeados a babor* o a *estribor.* Pero a pesar de haber *completado la carga* estos transatlánticos vienen a veces, no ya ladeados, sino ondulados, como quien navega sobre una mar de enormes olas: *está mala la mar* reflexionan entonces filosóficamente nuestros "managuás". Y todo esto por habérselo pasado las horas "en tierra" pidiendo: *alta la marea.* Alta la marea quiere decir: el vaso lleno hasta los bordes, y nada menos.

Tal prestancia y tal presencia se pinta en tierra firme con expresiones como: *andar mono,* manera figurada de decir *andar lindo* y que varía a veces en *andar monono,* para no repetir aquello de *andar con trago.*

Se conoce también en este mundo alcohólico aquella delicada distinción de matices que se alcanza en una cultura cuidadosamente elaborada. Los extremos, por ejemplo, de la embriaguez se dan a entender con exquisito refinamiento: andar *curado como vaca* o *como yegua* trasluce la torpeza que nuestro pueblo atribuye a los mencionados cuadrúpedos. Cuando se dice que un "cristiano" *anda como tenca* se significa que *anda como tagua* y nada más correcto: pues esas tres criaturas pasan la mayor parte del tiempo sumidas en lo líquido. Aquello de andar *curado como huasca* no ten-

dría explicación posible si últimamente no hubiera surgido esta otra imagen de *andar como pañuelo.* Como pañuelo se dice muy pocas veces y, sin embargo, la figura se usa con frecuencia. Se me preguntará ¿cómo es posible hacer una figura del lenguaje sin palabras? Pues sencillamente se levanta un pañuelo sobre la mesa, se toma de una de sus puntas y se le suelta en seguida: el adminículo caerá sobre la superficie con la misma desarticulada elegancia con que un borracho, o, si se quiere, sus vinos, caen sobre las veredas y se ponen a dormir después de un tropezón. Aquello otro de *curarse como tetera* (léese en *Roble Huacho,* Daniel Belmar) debe graficar el sibilante y sobresaltado sueño de los ebrios. El que se *cura con patas y todo* es aquel que experimenta tal lasitud en las piernas que se le vuelven inmanejables.

Los recuerdos de la infancia no se olvidan ni cuando el borracho ha alcanzado la más envidiable bienaventuranza y beatitud: por ello ha sido posible decir de un curado de esos que "la revuelven" que *anda como volantín chupete.* Pero habiéndose descubierto en esta figura ambigüedad, pues significa muchas veces otras cosas, se ha dado en decir del mismo "enfermo" que *anda con viento en la cola,* y nada tan gráfico si se quiere dar a entender la gallardía y la viveza de algunos bebedores. Cierto es que los buenos vientos duran poco y mucho menos la gallardía: aquellos ciudadanos que observan la homérica lucha del mismo sujeto —horas más tarde— con las leyes de la gravedad concluirán unánimemente en que al tal *se le paró la calle.* Y en "verdad de realidad" no hay duda de que Kant hasta en este último detalle tenía razón: el espacio es un dato dado por nuestra mente, y cada uno lo concibe a su manera; para nuestro héroe la calle es vertical y puede probarlo sobre la marcha: dos pasos adelante, dos atrás, uno adelante, uno atrás, etc. De pronto, sin embargo, el drama ha terminado, los ojos expectantes se vuelven a otro punto y se oye comentar: *se le acabó la muralla.* La muralla se le ha acabado a todos aquellos que perdieron un punto de apoyo y duermen ahora en el suelo la infide-

lidad de las paredes que se nos van cuando más se necesitan. Esto de dormir en tal estado se señala expresando simplemente que el hombre está *durmiéndola*, sobrentendiéndose que *duerme la curadera*. Conclusión: este tipo se *curó como cuntra*: no digamos ya que se emborrachó *como uva*, pues tal comparación es demasiado cosmopolita para aceptarla entre los chilenismos. Igual cosa sucede con aquello de como *cuero*, aunque del hecho de preparar el cuero salió nuestra creación: curar, curarse, y de allí todos sus derivados: curadera, curador, curadorazo, curantearse, curado (sustantivo), etc.

Con referencia al estado en que se despierta al día siguiente nuestro Noé dejemos en claro que se registran tantas expresiones como modos de reaccionar sobre el vino: algunos amanecen *con las borras revueltas*, exquisitez del lenguaje con que se da a entender un genio de los mil demonios. Otros ven llegar el nuevo día y aún están *con la mona viva*. Otros, todavía, se sienten *malos del cuerpo*. De entre todos ellos, la mayoría milita en la cofradía de los que tienen como patrono a *San Lunes*, cuya festividad celebran entonces mismo absteniéndose religiosamente de trabajar. La minoría, sin embargo, conoce los secretos últimos de la técnica alcohólica: sabe cómo *componer el cuerpo* y *hacer la mañana*.

Este nuevo día es pues otro día y aquel que no tiene escrúpulos por *echar a perder la conducta* oye como si viniera de un coro de serafines la invitación que se le hace: *¿Vamos al botellón?* y *se matricula* para este nuevo curso con una o dos *botas del tinto o del otro*. Empieza pues este ritual con libaciones cuya forma cambia con el lugar y las circunstancias. Si en el lugar elegido no existen vasos ni copas se toma en la misma botella: esto llámase metafóricamente: *tocar la corneta*. La primera operación que se realiza en tales casos es la de *sacarle el aire* a la *mamadera*, honor que se confiere al más "pintado" de los penitentes. La totalidad del proceso recibe el nombre de *ponerle*. *Entre ponerle y no ponerle, más vale ponerle* es frase proverbial que ya don Manuel Román había re-

gistrado allá por 1909. Este ponerle particularísimo se distingue de otros agregando: *entre pera y bigote.* Luis Durand hace decir a sus campesinos: *ponerle debajo del bigote;* se explica: porque siendo los campesinos de origen moluche las glándulas suprarrenales pueden darle para bigote pero no para barba. *Empinar el codo* viene siendo lo mismo que lo dicho, pero me parece que su cosmopolitismo no nos permite anotarlo a nuestra cuenta. En cambio *encumbrarse una ñeclita* (con permiso pa encumbrarse esta ñeclita se les oye decir al "pililo" y al diputado que tienen buenas maneras) tiene de chileno hasta la evocación de nuestra infancia pobre, cuando encumbrábamos las "cambuchas" consolándonos con ello de no poder comprar un volantín. *Echémonos pa atrás* se oye decir también en ciertos brindis. Pero echarse para atrás significa también "darse vuelta la chaqueta", vulgo (¡) *chaquetearse,* de modo que es poco aceptado en la hermandad.

Pegarse un cañonazo o un cañuflazo equivale a *pegarse un cañazo* y esto, a tomarse una *caña* de vino. Caña y *media caña* son medidas universalmente aceptadas en el país. De aquello del cañonazo ha salido esta otra expresión figurada pedida al idioma militar: *morir al pie del cañón,* con la cual se significa ahora que se ha de seguir *dándole curso,* o sea, se *seguirá chupando* hasta donde *les dé el cuero* o hasta alcanzar cierto estado de *saturación* cuyos límites no se preven.

Aquellos que llegan atrasados y se han perdido algunas libaciones tienen el deber de *ponerse al día.* Estos pues no tienen tiempo de pasar por aquellas etapas de tanteos, dudas, arrepentimientos que se producen cuando se *hacen gárgaras solamente.* Hacer una gargarita es, como *limpiar la cañería,* un inofensivo acto de terapéutica que nada ofrece de peligroso. Pero pronto el enfermo se encuentra con el mandato de *irle poniéndole* y con cierta sorpresa ve que se somete a la tentación. *Mamando,* mamando, se llega al momento en que algún iluminado hace la proposición fatal: *pavita echada.* "Eso es de hombre" —apoya otro—, "*pantalón blanco* y no hay más que ha-

cerle". Pavita echada quiere decir: copa volcada sobre la mesa después de vaciada. La obligatoriedad del rito tiene por objeto asegurar que ni una gota siquiera ha quedado en su cristal. La copa queda pues "blanca" según acostumbramos decir de lo transparente. Ilústrase esta intención de beber *al seco*, a veces, pero cada vez con menos frecuencia, exclamando: *hasta verte, Cristo mío*, manera que tenían antes cuando en el fondo del vaso había labrado un Jesucristo. Cristo ha desaparecido de los vasos pero vive todavía en la jerga: *hasta, Jesús, no verte más* se oye exclamar a quienes ven a Cristo ahora en el contenido y no en el continente. *Hasta los alamitos* equivale a lo mismo pero es evidentemente una figura de origen campesino. *Hasta el dedo chico* nos parece más comprensible por la posición del meñique cuando se toma el vaso: hasta allí bajará la marea en un abrir y cerrar de ojos.

Hacer la viola se emparenta con los de "hacer gárgaras" a través de "hacer gorgoritos" que significa cantar. En cambio *mandarse un viaje* alcanza la violencia de *plantarse un taco*. Plantarse un taco viene siendo una operación de taponaje: algo así como una tranca con que se afirma lo anteriormente ingurgitado. Tal vez así se explique *tranca* con valor de borrachera. *Un golpe al hígado* es mucho más contundente que todo lo anterior y se explica pues se trata de una mezcla de tragos fuertes bebida de un sopetón. Es algo así como el famoso *golpe vitamínico* que el gremio esculápico ha acuñado al margen de la R. A. E. Tal golpe al hígado tiene un pariente no muy lejano pero sí distante y más audaz en el hablar de los bretones: dicen ellos, según Maupassant: "un coup-de-pied-au-cul" para designar uno de sus tragos; justamente: porque un tal puntapié en las asentaderas produce en usted el mismo efecto que un trago de *muchos quilates*: algo así como sorpresa, rubor, y estupefacción.

La variedad de tragos del buen bebedor oscila a veces apenas entre lo que se llama "del tinto y del otro". Pero estos vinos y sus imitaciones cambian de nombre con su oportunidad y su presenta-

ción: *un calientapiés* puede ser cualquiera de los dos y también aguardiente siempre que su función sea la de *calentar los fierros* (dícese también *calentar los huesos,* medida terapéutica muy distinta de ese otro estado en que a un individuo se le *calienta la trompa.* Cuando a un sujeto se la *calienta el hocico* —nótese la ofensa que se hace a los cuadrúpedos— generalmente no hay quien lo pare. *Que le calienten la boca no más a este caballo* dicen los huasos —y nótese cómo el caballo vuelve a ser ofendido— y con ello auguran una borrachera de esas de "agarrarse pues"). Sigamos con las transfiguraciones del vino: la *sangría* es el vino con granadina y es cosa inofensiva al lado del *tabacazo.* El tabacazo es un vino con tabaco y a veces hasta con ají y lleva la intención de "apanuncar" a la víctima de un solo golpe. Por algo se llama tabacazo con un sufijo que evoca algo así como un "garrotazo". El *torpedo* no lleva ocultas en sí sus intenciones, sino que es pedido por el propio suicida para *seguirla*: es una mezcla de tragos fuertes que permite al entusiasta volver a ese estado de *entre luche y cochayuyo,* manera de decir figurada lo que ya figuradamente se decía "entre verde y seco" (hay algunos "argentinistas" que acostumbran significar esto mismo con expresar: *entre San Juan y Mendoza,* con lo cual cometen doble pecado contra el nacionalismo idiomático; pues este "entre San Juan y Mendoza" es apenas una adaptación del español "entre Pinto y Valdemoro"). Y volvamos otra vez a la nomenclatura del tinto y del blanco. Un *Borgoña* no viene de Francia: viene de nuestras viñas pero ennoblece su sangre en contacto con las frutillas y usufructuando de un nombre que solamente el cariño de sus padrinos pudo imaginar. Exaltando lo propio con nombres extranjeros el bebedor ha dado en llamar *Caselli* al vino de nuestras pipas embotellado detrás del mostrador, convenientemente *bautizado* con agua hervida y *arreglado* con ciertos colores, "coloretes", en las mejillas para hacerlo parecer más irresistible. Estos Caselli son a veces, después de tanto arreglo; *pura química,* vinos tan endiablados como éstos, san hoscos y feroces: dícese de ellos que son de *tres tiritones,*

con lo cual se narra de una vez el drama de quien los bebe y los sufre. Este mismo "pipeño" tiene un segundo apellido noble e italiano: *Casanova* se llama por *ser de la casa.* En fin, llamándole al pan, pan y al vino, vino, el vino pipeño es simplemente el vino corriente. Pero *corriente* es ahora y por gracia de la brevedad, un sustantivo: un *corriente,* por favor, se oye solicitar a veces. *Lo tomó la corriente* quiere significar que un sujeto se ha "enchufado".

Si el instinto del hombre exalta lo humilde, lo que viene ensalzado debe padecer humillación: los pomposos vinos embotellados, con etiquetas y sellos llámanse entre los bebedores de Caselli: *un cabeza amarrada.* Simplemente, y casi con compasión.

Y tomen ahora nota los penquistas: aquí el ponche de vino tinto con frutillas se llama *Chiguayante.* Justo porque el pueblo tal, con su nombre indígena (chiguai: niebla, antü: sol; sol con niebla) y el tinto con su color moreno, evocan lo chilenísimo. El ponche de vino blanco con frutilla se designa en cambio con el nombre de *Huachipato;* justo igualmente porque aunque el nombre es también aborigen, Huachipato y el vino blanco tienen de común el oro de la cabellera.

No es infecunda nuestra zona en cuanto a nombres para el vino se refiere: en la "Zona Carbonífera", en los tiempos en que se declaró allí la zona seca se habló mucho de una nueva variedad de vino: era el *vino zorreado;* a pesar de la indiscreción del lector, no diremos, para no dar la pista a la policía, que este vino recibió su nombre de la forma en que era transportado. Por las mujeres de los mineros. Pero el tema es escabroso y de aquí no pasaré a una nueva explicación.

Hablemos del aguardiente: nunca una metáfora fué tan justa como cuando se le llamó a esta lija transvasijable con el nombre de *alambre de púa,* y con el cual se exalta en todo su valor su áspera naturaleza (de paso, hagamos ver que el padre severo recuerda lo lacerante de estos tragos al llamar al chicote con que azota a sus hijos "whisky". Con esto la balanza queda equilibrada: esas sensa-

ciones de la piel prestan tanto a la embriaguez como a la severa moralidad de un jesuíta la fuerza de sus escozores). El aguardiente se transforma en *apiao* cuando se le prepara con apio. Con yema de huevo pasa a ser *canario,* dado su nuevo color. Si esta medicina produce una euforia en las cuerdas vocales y hace cantar al que la toma, la figura estará doblemente justificada. Un *cola de mono* tiene leche en su aguardiente, pero no aquella "leche de la bondad humana" que le reprochaba Lady Macbeth a su esposo: tiene el diablo a su interior y con cola loca y movediza como la de un simio. De tragos como éstos se dice que son *cabezones* cuando se van luego a la cabeza y *criatureros* cuando de ellos nacen esos dulces fantasmas que nos hacen creernos dichosos, bellos, talentosos, fuertes, apasionados, amantes, amados, ricos y hasta simpáticos.

El vino, la malta, la chicha y hasta el chacolí se pueden tomar con *aritmética.* Aquí las aritméticas consisten en una simple suma: se trata de agregarle harina tostada a dichos líquidos o *bebestibles* en cantidades tan variables como para llegar a convertirlos en masticables. Aunque no se crea, en el mundo de los borrachos hay individuos que *llegan a mascar* el vino. No "llegan" en un sentido cronológico, después de largos ensayos, sino que llegan en el sentido de aproximarse al hecho de masticar por pura intensidad emotiva al ingurgitar el alma de las botellas milagrosas.

Por la oportunidad el vino, además de poder llamarse calientapiés, resulta apellidado: *el del estribo,* cuando es el último. Evoca esta imagen el ambiente campesino cuando el huaso bebe el último trago montado ya en su caballo, o todavía no, pero de alguna manera en él, según lo ocurrido antes de esta escena idílica, bucólica y etílica.

El *Tintolio* y el *Blanquier,* cuando son clandestinos pueden beberse en tazas: llámaseles entonces: *café frío, té frío* y con estos nombres pueden pedirse delante de un policía novicio o de uno demasiado viejo como para darse por enterado. Igualmente clandestina es la manera de comprar vino por *un kilo* o un *medio kilo* en los

expendios *para afuerita no más*. Nadie sabe por qué arte de magia los kilos y los medios kilos entran en la botella como quien entra a su casa. *Un pato* y *un medio pato* son equivalentes a estas "medidas de peso".

Conozcamos los nombres, títulos y honores que se confieren a los cofrades de esta cofradía espiritada: *cuntrín* es el mártir que ha dado en convertir su pellejo en una simple vasija vinera: *alambique, fudre, filtro* son otros tantos títulos para el mismo honor. Aquellos de *chuico con patas, escabeche, guata de leche, masca l'agua, masca la chicha* y el directo: *guata de vino,* vienen siendo especies de "alias" agregados a lo anterior. Una categoría especial la constituyen aquellos que poseen muy *buen declive* y viven, por lo tanto, *cortados de la sed*: de sí mismos dicen, describiendo su agonía, que *tienen la lengua como lija, no pudiendo ni escupir;* terrible calamidad esta, porque con el poder escupir se pierde esa marca de hombría que se atribuye a la violenta y abundante expulsión de la saliva: reciben ellos el nombre consagratorio de *papel secante,* fórmula chilena para *esponja* usada en otras latitudes.

Irse para Tomé es igual que *andar en Las Tomas* y para ello no es necesario viajar mucho: una *caleta* se encuentra en los lugares menos pensados. Caleta es una *borrachería* que se visita con frecuencia y donde siempre se es bien acogido. Es lo que se llama un *ambiente*. En cuanto a *borrachería* digamos que como "verdulería" es un nombre de "negocio" que indica lo que allí se vende: borracheras (compárese este nombre con el de "groggery" formado en inglés por analogía con grocery: almacén de menestras. Los "groggery" ingleses son exactamente iguales a las "borracherías". Su definición es: lugar de baja condición en que se bebe clandestina o legalmente). Las borracherías chilenas son de fácil instalación: se necesita apenas vino, que abunda en el país, y gentes con deseos de consumir, que también abunda. Los *quitapenas* son lugares un poco más alegres. Para un grado más alto de alegría están las *fiestocas* que ante las vigilantes y alertas cónyuges de los bebedores se lla-

man *velorios* y *bautizos*, así como el vino se les presenta con el nombre de *papaya*. En los socorridos "bautizos" suele *haber vino con o para bañar yeguas*, figura esta nacida de más de algún sueño de felicidad elaborado en las noches de un *papel secante*. También es producto de la fantasía ese decir de algunos *rajados* o *pilotos* que le han *baldeado las tripas* a uno de sus cofrades. Seguramente la cosa no ha pasado de un *pedido* hecho para servir a varios; es decir: *una corrida*.

Pongamos aquí fin a esta incursión en el mundo de los hombres del vino, cuyo "canto ronco" dice Neruda amar. De sus vómitos verdes sólo es dado hablar al poeta que es capaz de dar una nueva vida a tales hechos y nuevo sentido a sus palabras. No recordemos tampoco aquella manera de decir vomitar que ya Román registró en sus *Chilenismos* haciéndola derivar del nombre de una ave de rapiña. Pero digamos que el epílogo de todos estos dramas termina en el hogar o "en el trabajo" del beodo: es allí donde se defiende diciendo que solamente fueron papayas las que se tomó. Si se le apremia, confesará que también tomó algo de vino. Pero no por ello dejará de alegar que fueron las papayas las que le hicieron mal. Al ver a este hombre caminar al lado de sus semejantes, se notará que se guarda con él cierta distancia, cierta cuidadosa deferencia especial. He ahí uno de sus privilegios: nadie se acerca a él por unas horas por temor a los efectos del llamado *botellazo*. Este botellazo gaseoso, que no es otra cosa que el aliento del "enfermo", por su estilizada terminación en el sufijo que denota violencia como en "tabacazo" nos sirve para probar "hasta la última gota" que el gremio de que hemos hablado tiene una manera original de ver la vida y una actitud propia para enfrentarse con los hechos de la existencia: esto es lo que le permite tener un estilo. Y tenerlo con gracia a pesar de la reciedumbre.

La literatura ha exaltado al hombre que renuncia a las vanidades sociales. Pero en la mayoría de las obras que esculpen a es-

tos héroes, flota una luz amarga y hay una atmósfera crepuscular y dolorosa.

Nuestros hombres del vino lo beben con alegría o con ese afán de alegría imperecedero en la criatura que no perdió el sentido de "don y de gracia recibida" que tiene la existencia. "Because the good is always the merry" dice el poeta. Y el chileno ha sido difamado y vilipendiado porque busca la alegría y la encuentra en aquello que está más próximo y exige menos recursos para alcanzarlo.

Veamos también en esto lo humano y positivo. En estas 160 y tantas expresiones del uso actual se trasluce su genio creador, la agilidad y la vivacidad de sus talentos. Posiblemente muchas de ellas sean ásperas y duras y hasta "bajas", pero un leve vuelco del alma, casi un parpadeo de la inteligencia, puede, con aspiración a la belleza sin vello en las axilas, tomarlas en altas, poderosas y eficaces figuras literarias.

Muchas otras expresiones circulan en el ambiente que he descrito. Pero nuestro afán es bucear y sacar a una brillante superficie lo verdaderamente chileno entre el hacer y el pensar de los chilenos. No amamos lo cosmopolita ni lo despersonalizado. Acogemos en cambio todo lo que, siendo nuestro, es vivo y poderoso, con poder de sugestión y revelación, aunque sea plebeyo. Ya Lenz se atrevió una vez a incluir, en una de sus obras, la más plebeya de las palabras usadas entre nosotros para designar el sexo de la mujer. Escondida en esa palabra había una precisa observación de la naturaleza efectuada por nuestros indios o nuestros mestizos.

Valga la autoridad de Lenz para justificar lo "excesivo" que pudiera aquí encontrarse. Todo ello se explica por el deseo de conocer y conocernos.